

# Samuel Beckett, la fértil cosecha del fracaso

EUGENIO FUENTES

■ Una pregunta, un verso formulado en francés como 'Comment dire' y en inglés como 'What is the word', cierra poco antes de su muerte la trayectoria literaria del irlandés Samuel Beckett (1906-1989). ¿Cómo decirlo? ¿Cuál es la palabra? Este fue el involuntario testamento del escritor, Nobel de Literatura en 1969, que, en la estela del modernismo anglosajón y destetándose del mismísimo James Joyce, llevó hasta sus últimas consecuencias, en francés y en inglés, la exploración de los confines del yo, así como el convencimiento de que el fracaso es el único destino del artista, el sino inevitable del individuo atrapado entre el imperativo categórico de crear y la imposibilidad de hacerlo. Beckett, a menudo taciturno aunque siempre cortés, ha sido objeto de varios estudios biográficos. Dos son los que destacan por su carácter exhaustivo, tal vez extenuante: el de James Knowlson y el de Anthony Cronin. Publicados con un solo mes de diferencia en 1996, ambos permanecían hasta ahora inéditos en castellano. Esta laguna acaba de ser parcialmente cubierta por la editorial segoviana Uña Rota con la traducción de 'Samuel Beckett. El último modernista', la monumental obra de Cronin. Seiscientas páginas de apretadísima escritura -háganse a la idea de que serían el doble si su cuerpo de letra figurase entre los habituales- que se diferencian de la obra de Knowlson, conocida como la biografía autorizada y alentada por Beckett, en la mayor atención prestada al análisis de la obra y en su menor componente hagiográfico.

## Biografía detallista

Mayor atención a la obra no quiere decir, sin embargo, que el irlandés Cronin renunciase a incluir en el volumen hasta el menor de los detalles a los que tuvo acceso. El lector podrá seguir a lo largo de no pocas líneas los altibajos de un partido de cricket disputado por el muy deportista Beckett o podrá calibrar hasta qué punto le causaban desasosiego -ya instalado en París- sus periódicos regresos a Irlanda si se examina el virulento eczema y la incontenible y dolorosa necesidad de orinar que Beckett experimentó en una ocasión antes de subirse al tren. Esta voluntad de omnisciencia, tan alejada de la voluntad de ignorancia que preside los trabajos de plenitud de Beckett, se entiende bien, sin embargo, al saber que su rival Knowlson estaba en posesión de cuadernos autobiográficos vedados a Cronin que hicieron, parece, aún más detallada su biografía. Por lo demás, la fina pluma de Cronin convierte en una muy agradable experiencia el demorado viaje a través del volumen.

El lector de 'El último modernista' podrá seguir, pues, a Beckett desde su nacimiento en una acomodada familia anglo-irlandesa de Dublín hasta su muerte en un geriátrico parisino bautizado con dudoso gusto como El Tercer Tiempo. Lo verá crecer, espigado y miope, entre paseos interminables por los montes junto a su padre y conflictivas relaciones de amor y odio con su madre, una especie de monja varonil, bipolar y practicante del castigo físico, cuya presencia y recuerdo alimentaron en Beckett un vitalicio sentimiento de culpa. Lo acompañará de la escuela de Secundaria al Trinity College, donde se gra-



El escritor Samuel Beckett recibió el Premio Nobel en 1969. D. I.

duó en Letras Modernas con el número uno de su promoción. Vivirá su alejamiento de la carrera académica a la que parecía destinada y su paulatina conversión en poeta, cuentista y novelista a partir de sus primeras estancias en París, donde pronto accedió al círculo de Joyce y cristalizó su pasión por Dante. Sabrá de su agnosticismo y de su apolitismo, de su afición a la bebida y al tabaco hasta sus últimos días, de su hipocondría, sus males psicósomáticos, su neurosis, sus ataques de pánico, sus insomnios, sus pesadillas y su sometimiento al psicoanálisis. Viajará con él entre Francia e Irlanda, apremiado por la falta de dinero y la negativa de los editores a publicar sus primeras obras. Se internará en sus peculiares relaciones con las mujeres, siempre a caballo entre la búsqueda de la comunión mística y el frecuente rechazo del sexo.

Creerá, además, que permaneció indiferente a la amenaza nazi -error de Cronin que desmienten los célebres cuadernos al alcance de su rival Knowlson- y lo encontrará comprometido con la Resistencia francesa. Comprobará, por otra parte, cómo Beckett, al igual que millones de personas, salió transformado de la traumática experiencia de la II Guerra Mundial y empezó a escribir casi exclusivamente en francés, pariendo con dolor en los años posteriores al conflicto la trilogía -'Molloy', 'Malone muere' y 'El inabarcable'- que lo ha hecho inmortal.

A partir de ahí, cambiará su suerte. Liberado de angustias económicas por la herencia que le legó su madre, no solo se encuentra con el editor Lindon -de las Éditions de Minuit, que da «luz verde» a su obra-, sino que, sin haberlo imaginado, le llega en pocos

años la fama. Curiosamente, el reconocimiento no vendrá de sus novelas, sino de «una diversión maravillosa y liberadora» que le «salvó la cordura» cuando estaba inmerso en «la prosa espantosa» y en «la desolación y el desgobierno» de la trilogía. Se trataba, claro, de 'Esperando a Godot' la pieza teatral en la que el humor, a menudo negro, que preside su desesperanzada visión del mundo encontró forma adecuada para llegar a amplios públicos.

## Escritura y silencio

Alabada y detestada, la obra lo convirtió en una estrella. En adelante, y mucho más tras recibir un Nobel que, a diferencia de Sartre, no rechazó, pero declinó ir a recoger, Beckett trabaja para la radio, la televisión y el cine, a la vez que se involucra hasta el tuétano en muchos de los montajes de sus obras. El poeta -así se consideró siempre, pese a que Cronin preste escasa atención a esta parte de su obra- se convirtió a los ojos del mundo en dramaturgo. Sin embargo, su producción, decreciente en extensión, siguió dando pasos adelante en todas las direcciones: en sus nihilistas indagaciones sobre el yo, en la búsqueda de formas cada vez más expresivas de mostrar que el destino de la palabra es el silencio y en la inclusión de las huellas del fracaso del artista en la propia obra. Véanse, entre otras muchas, la novela 'Cómo es' o la pequeña pieza 'No yo'.

Por fortuna para el lector, Cronin se va ocupando de la obra beckettiana a medida que el reloj avanza. Aunque la sujeción a la linealidad temporal -dictadura que una buena biografía debería sacudirse, aun a riesgo de ser calificada de ensayo biográfico- lo obliga a ve-

ces a dispersar análisis y reflexiones, la poética de Beckett resplandece en estas páginas. Beckett, que confesó sentir un permanente extrañamiento del mundo y vivir más en su mente que en cualquier otro lugar, da sus primeros balbuceos literarios a la sombra del Joyce maduro, inmerso por tanto en el yo y los procesos mentales. Influidor por el *musical*, el circo o el cine cómico, Beckett tiene un concepto de la vida humana desesperanzado que lo emparenta con Schopenhauer. Como este, postula que el sufrimiento, solo paliado por el hábito, es la norma de la existencia, ya que el hombre nace con un pecado original: el calderoniano de haber nacido. El pecado humano es el pecado de ser y no es redimible. Ni siquiera por el arte, que lo más que puede brindar, mediante la suspensión de espacio y tiempo generada en el sujeto, es un alivio momentáneo.

Consciente de su «propia estupidez», renuncia a toda traza de simulacro realista, a todos los anclajes de la novela convencional y empieza a escribir sólo lo que siente, lo cual lo conduce a explorar exclusivamente el interior en busca de la verdad última del yo. Se trata, evidentemente, de una escritura de raíz poética, canalizada como relato, novela o pieza teatral. Esta escritura fue primero necesaria, más tarde compulsiva y, luego, inevitable, como si obedeciera a una voz poderosa, la misma voz que tanto comparece en sus obras.

De modo que lo escrito es, al fin, la narración de la imposibilidad de lograr la búsqueda de los confines del yo. Y el anhelo último es la página en blanco, que se contradice con el mandato de escribir.